

N.º 38

2c

DICHOSA JUVENTUD

por RICHARD HOLT



BIBLIOTECA EMOCIÓN

PUBLICACION SEMANAL

BIBLIOTECA TREBOL

DICHOSA JUVENTUD

ADAPTACIÓN LITERARIA DE LA PELÍCULA DEL
MISMO TÍTULO, INTERPRETADA POR

RICHARD HOLT

POR

MANUEL NIETO GALÁN

Exclusivas PROCINE - Claris, 71 - BARCELONA



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
París, 204 - BARCELONA

nager", su secretario y su ayuda de cámara.

Tarde o temprano, todas las faltas se descubren y la conducta de O'Neil no fué tampoco una excepción de la regla. El público comenzó a darse cuenta del truco y Kelly, el Comisario de Boxeo; una de las figuras más importantes del mundo de los puñetazos, comenzó a vigilarlo estrechamente.

Durante uno de los encuentros que había celebrado Jorge, el público había protestado tan estruendosamente y se había portado aquel de una forma tan sucia, que Kelly se creyó en la obligación de prender a O'Neil.

Se hallaba éste en su cuarto, segundos después del combate, cuando entró Moore, que no perdía de vista al Comisario y que había adivinado su pensamiento y le dijo:

—¡Hay que salir pitando de aquí, Jorge! El Comisario Kelly está esperándonos, porque sospecha de nosotros.

—¡Más vale sospeche!—repuso el muchacho, decidido a revelarse contra las maquinaciones de su "manager". — ¡Ya estoy hartó de esta farsa y voy a decirle toda la verdad!

—¿Pero te has vuelto loco?—volvió a decirle su "manager", para atemorizarlo—. Kelly es un hombre que no dudaría, en cuanto estuviese convencido, en meternos a la "sombra" por una temporada de bastantes días.

Nuevamente el boxeador se sometió a la voluntad de su "manager", y, sin detenerse a co-

brar siquiera el importe de aquel combate y de las apuestas, huyó de allí, para ausentarse lo antes posible de la población.

El negocio de las apuestas, que tan claro lo había visto Moore, quedó reducido al cuento de la lechera y dos horas después, Jorge y Arturo se hallaban lejos de la ciudad, con las piernas doloridas de tanto andar y con los bolsillos vacíos.

* * *

Por el mismo camino que ellos, se dirigían a su hogar de Pomeroy, Eva Harkness y su padre, quienes venían de la ciudad cercana, en donde acababan de gestionar un préstamo para la iglesia.

Eva era una preciosa jovencita, cuyos sentimientos de extremada bondad, se oponían tenazmente a todo acto violento, y, por esta razón creía ver en el boxeo, no un arte, sino un pretexto ideado por los hombres para martirizarse mutuamente. Sin embargo, su hermano Ricardo, un joven impetuoso e irreflexivo, profesaba al arte del puñetazo una verdadera pasión y, después de algunos meses de entrenamiento, se creía en condiciones de conquistar el título de campeón mundial.

Hacia unos días que rondaban aquellos caminos una partida de bandoleros y el señor Harkness confió a su hija los temores que tenía, diciéndole:

—Me parece Eva, que cinco mil dólares es mucho dinero para llevarlo encima por una carretera tan solitaria como ésta.

—Llevas razón, papá—repuso su hija, participando del mismo temor—. No hubiera estado de más que Ricardo nos hubiese acompañado.

—¡Ricardo!—exclamó el señor Harknes—. A ese no hay quien lo saque del gimnasio.

Como justificando los presentimientos que tenían los dos viajeros, en aquel instante, dos desconocidos se precipitaron al auto y sus ocupantes, presos de un pánico horrible, levantaron los brazos, ante el temor de que disparasen sobre ellos.

Los que de aquella manera tan improvisada habían aparecido, eran Jorge y Arturo quien, riéndose del susto de los ocupantes del coche, les dijo:

—¡Salud, amigos! ¿Qué opinarían ustedes de una pequeña ascensión?

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó el padre de Eva.

—Quiero decir una pequeña ascensión en su coche, realizada por mi amigo y por mí—terminó de decir Moore—. ¿Adónde van ustedes... a Pomerey?

—Efectivamente, allí nos dirigíamos.

—Entonces iremos todos juntos—exclamó Arturo y para tranquilizar al pobre anciano continuó diciéndole:



El corazón de Jorge O'Neil tuvo palpitaciones de Ford con un cilindro estropeado.

—Parecemos una pareja de salteadores de caminos, ¿verdad?; pues le aseguro que no lo somos... Lo único que pedimos es que nos permitan ustedes ir en su coche hasta Pomerey...

El señor Harkness se tranquilizó con aquella explicación y, ofreciéndole asiento a su lado, le confesó el miedo que había pasado diciéndole:

—Les confesaré a ustedes que me asusté un poco al principio... Es comprensible... llevo cinco mil dólares en la cartera y estos caminos están tan solitarios.

Emprendieron de nuevo la marcha y Jorge, sentado al lado de Eva, la miraba con bastante insistencia, diciéndose interiormente que aquella era la muchacha más bonita que había visto en su vida y en más de una ocasión sorprendió los ojos de la joven fijos en él.

Pero estaba escrito que el señor Harkness debía encontrarse aquella noche con verdaderos salteadores de caminos, y en un recodo de la carretera salieron varios enmascarados, que, encañonando con sus pistolas a los ocupantes del coche, les exigieron todo el dinero que llevaban.

El padre de Eva les entregó unos cuantos dólares que llevaba sueltos, diciendo que era cuanto llevaba. Pero los bandidos, que debían conocerle, no se contentaron con aquello y de nuevo le exigieron más dinero, diciéndole:

—¡Vamos, entregue usted el dinero! ¡Sabemos que lo lleva encima!

Mientras lo registraban, Jorge se deslizó cautelosamente; de un salto enorme, se arrojó sobre uno de los bandidos y de un formidable puñetazo lo arrojó al suelo, apoderándose del revólver que éste empuñaba.

Tan rápido fué todo esto que sus compañeros apenas si pudieron darse cuenta y cuando pretendieron impedir que el muchacho se apoderase de la pistola, ya los tenía éste encañonados y les decía:

—¡Vamos, pronto! ¡Manos arriba, o les propino otro puñetazo de mi especialidad!

Eva sintió, desde aquel instante, que la simpatía que en un principio despertó en ella la figura del joven desconocido, se arraigaba más aún con aquella acción y estrechándole las manos le dijo:

—No sé como agradecerle lo que ha hecho usted por nosotros... Ya estaba él seguro de la forma que podría agradecerse, pero, no obstante, se abstuvo de decirle nada y durante el tiempo que tardaron en llegar a Pomerey, el corazón de Jorge O'Neil tuvo palpitaciones de Ford con un cilindro estropeado.

II

«Cuando llegaron a Pomercy y abandonaron el coche del señor Harkness, Moore exclamó:

—¡Me parece que, después de la nochecita que hemos llevado, es hora ya de que tomemos un pisolabis, para arreglar los estómagos!

—¡Tú deliras, querido Arturo!—le respondió Jorge—. ¿No sabes que no tenemos dinero?

Ei "manager" se echó a reír y, enseñándole unos cuantos billetes, que disimuladamente le había quitado al señor Harkness, le dijo:

—¡Olvidas, amigo mío, que vela por ti un gran financiero disfrazado de "amanager"!

O'Neil adivinó inmediatamente la procedencia de aquel dinero y, quitandoselo a su amigo, exclamó indignado.

—¡Si sigues ese camino de finanzas, me parece que te vas a quedar solo, Arturo!... ¡Ahora

mismo voy a averiguar donde vive esa señorita para devolverle lo que le pertenecel

Moore vió por las nubes el opíparo almuerzo con que se pensaba regalar y protestó de aquella decisión diciéndole:

—Pero se razonable, Jorge... Guarda al menos cien dólares para ir tirando mientras nos llega dinero de casa...

—Este dinero no nos pertenece y se lo devolveré todo—terminó diciendo el joven boxeador. Y sin detenerse más tiempo, se dirigió en busca de la casa de Eva.

Sin rumbo fijo, fué recorriendo varias calles de la población, hasta que lo detuvo un cartel, colocado a la puerta de un café, y que decía:

Bancho Madden

que venció por K. O. a Jorge O'Neil luchará el domingo, en el Coliseun con el campeón local

Ciclone Quid

Cyclone Quid, era el boxeador novel que Nomersey se disponía elevar a la categoría de gloria local y era precisamente Ricardo Harkness, allí presente y que hablaba en aquel momento con otro hombre que le decía:

—¿De modo que el domingo luchará usted con Madden? ¡Ya puede usted preparar unos cuantos litros de árnica!

—¿Pegarme a mí ese aprendiz de Madden?



Del café acudieron todos los parroquianos.

Observe usted como manejo los puños—contestó Ricardo, repartiendo puñetazos al aire.

Jorge, al ver aquella ridiculez de chiquillo, con pretensiones de boxeador, no quiso oír más y se acercó a ellos preguntándole al compañero del futuro campeón.

—¿Puede usted decirme dónde vive la señorita Eva Harkness?

—Con mucho gusto—le contestó éste—. Vive...—pero antes de que pudiera terminar de dar las señas intervino Ricardo, preguntando de una forma que parecía una amenaza.

—¿Para qué quiere usted saber dónde vive esa señorita?

O'Neil advirtió la forma con que se expresaba el muchacho y le contestó en el mismo tono.

—¡Para lo que a usted no le importa!

Ricardo creyó conocer en aquel forastero al boxeador que había visto fotografías varias veces y casi siempre vencido por K. O. y para atemorizarlo le dijo:

—¡No me cabe duda que es usted O'Neil! ¿Y usted sabe quién soy yo?

—Creo saberlo—le contestó Jorge—. Un chiquillo que quiere gallear como los hombres.

Aquello era para Ricardo un insulto que no podía consentir y por lo mismo se abalanzó sobre O'Neil, con ánimo de castigarlo. A la acometida de Harkness contestó Jorge de la misma forma y pronto se convirtió aquella lu-

cha en un verdadero combate de boxeo, en el que Ricardo llevaba la peor parte.

Del café acudieron todos los parroquianos y Arturo, cuando vió en el suelo al adversario de su amigo, gritó a los presentes, que querían intervenir en favor del boxeador local.

—¡Cálmense los ánimos! ¡Tranquilícense los nervios!... No ha sido más que un par de puñetazos entre amigos... Pueden continuar jugando...

* *

Por fin consiguió saber Jorge donde vivía Eva Harkness y momentos después de la lucha se presentó en su casa, para entregarle a su padre el dinero que le había quitado Arturo.

El pobre hombre, que estaba desesperado por la desaparición de aquellos billetes, los tomó emocionado a la vez que le decía:

—Otra vez tengo que darle las gracias, amigo mío. ¡Es usted mi Providencia! Esto me enseña, además, que ya voy siendo demasiado viejo para llevar dinero encima.—Y entregándoselo a su hija, le dijo: —Guárdalo tu Eva.

Esta, que se había fijado en la herida que llevaba Jorge en el rostro le preguntó alarmada.

—¡Está usted herido!... ¿Cómo se hizo eso? Iba a contestarle, explicándole la pelea que acababa de tener, cuando entró en aquel ins-

tante Ricardo y Eva se lo presentó diciéndole:

—Es mi hermano Ricardo, señor O'Neil.

La actitud de los dos jóvenes fué tan hostil que la muchacha demandó una explicación, diciendo:

—No comprendo esa actitud... ¿Se han visto ustedes antes de ahora?

Ninguno de los dos quiso contestar a la pregunta y Jorge, comprendiendo que estaba de más en aquella casa, se despidió de Eva, sin que ésta pudiera adivinar los motivos de aquella marcha que parecía una verdadera huida.

III

Ningún forastero hubiera vivido en el aburrido pueblo de Pomeroy mucho tiempo sin que tuviera una poderosa razón para ello... y Jorge O'Neil la tenía.

Era esta razón el amor que sentía por Eva, pero queriendo proceder con ella como un verdadero caballero, no dudó en confesarle todo su pasado y después de referirle toda su vida, terminó diciéndole:

—Y ahora, señorita Eva, ya sabe usted todo lo que se refiere a mi vida... que dista mucho de ser una vida ejemplar.

—El pasado no me interesa, Jorge—le contestó ella, dándole a entender que lo perdona todo—. Lo que me importa es el porvenir.

—¿Quiere usted decir que llegará a quererme algún día, si... yo cambiase?—le preguntó Jorge loco de alegría.

—Usted ya sabe como quisiera yo que fuese

el elegido de mi corazón—repuso Eva—. Ahora lo demás está en sus manos.

O'Neil no pudo contener por más tiempo la inmensa alegría que sentía en aquel momento



Se presentó en su casa para entregarle a su padre el dinero.

y, estrechando apasionadamente a la joven le dijo:

—Eva, yo le prometo a usted que nunca más volveré a pisar el "ring".

Y los dos jóvenes, con ese optimismo pro-

pio de la juventud, se separaron, prometiéndose ver al día siguiente en la iglesia.

Llegó el otro día, que era domingo. Había en el aire sonido alegre de campanas y el sol parecía cantar en sus ondas de luz un himno a la Vida...

Jorge, ante la negativa de su amigo de ir a la iglesia, le amonestó diciéndole:

—Arturo, eso demuestra mala educación y ¿sabes lo que pienso?... Que todos los boxeadores son unos bárbaros. Yo no quiero seguir siendo boxeador.

Su "manager" sonrió socarronamente y le contestó:

—Sólo hay dos cosas que puedan alejar del "ring" a un boxeador: los años... y la mujer. Tú eres joven... ¡No creo que vayas a decirme que estás enamorado!

—Pues has acertado. Aunque no lo creas, te lo digo, Arturo. Estoy enamorado locamente de la mujer más bonita que hay en el mundo.

—¿Y quién es la dueña de tu corazón?—le preguntó el "manager".

—¡Eva Harkness!—respondió el enamorado muchacho. Y dejando a su amigo haciendo exclamaciones, se dirigió a la casa de su amada, para salir con ella, según lo prometido.

* * *

En Pomercy había un sujeto llamado Martín Leonard. Hombre poco estimado en la ciu-

dad, porque en sus ojos se leía en desmedida ambición, el fondo negro de maldad y de envidia que había en su alma.

Además de la pasión que sentía por el dinero, había en su vida otra pasión casi tan intensa como aquella; la que sentía por Eva.

Aquel día, momentos después de llegar Jorge, entró él en la casa de Harkness y, al ver a los dos jóvenes, comprendió que un obstáculo, casi imposible de salvar, se interponía entre él y la muchacha. No obstante, aprentó no advertir nada y le preguntó.

—¿Supongo que su padre había conseguido, en su visita a la ciudad, el préstamo para la iglesia, no es verdad, Eva? No olvide que si algo falta y alguna vez necesitan de mi ayuda, me será muy grato el ofrecérsela.

En aquel momento salió, acompañado de su padre, Ricardo y cuando vió a su adversario de hacía días, se encaró con él, diciéndole:

—¿Usted, por lo visto, se había creído que a mí se me pega impunemente, verdad?

Jorge sostuvo en el aire el brazo de su contrario, que lo había levantado para pegarle y le contestó tranquilamente:

—He prometido no boxear más y cumpliré mi palabra.

—¡Lo que es usted es un cobarde!—le gritó nuevamente Ricardo.

Su padre, sin comprender los motivos que tenía su hijo para proceder de aquella forma

se interpuso entre los dos y le reconvino diciéndole:

—¿No sabes que fué el señor O'Neil quien me salvó del asalto de los ladrones?... ¿Es así como se lo agradeces?—y dirigiéndose a Jorge, pretendió excusar a su hijo.

—No le haga usted caso, se lo suplico... Créame que estoy avergonzado de él.

Pero su hijo, sin atender las razones de su padre, continuó diciendo:

—¿De modo que es usted un héroe de folletín eh? A mi padre podrá usted engañarle, pero a mí no. ¡Ya nos veremos las caras, señor héroe!

Martín Leonard vió en aquel odio del muchacho un instrumento manejable para sus planes acerca de Eva y aquella misma tarde procuró verlo parad ecirle:

—Casi todo el pueblo apuesta contra ti, muchacho; pero yo sé que vencerás y por eso he apostado contra Madden. Si tú dispusieras de cuatro o cinco mil dólares, yo lo apostaría por ti y ganaríamos una pequeña fortuna. ¿Por qué no le dices a tu padre que te preste el dinero que ha traído de la ciudad? Después de todo iba a ser pór poco tiempo.

Las razones del perverso Leonard convencieron al muchacho que al fin aceptó el "negocio", diciéndole:

—Conformes, Leonard... Haré lo posible por conseguir ese dinero.

Y en efecto, algunas horas después volvió

con el dinero ofrecido, que se lo entregó a Leonard para que apostara por él en el combate que había de celebrarse aquella noche.



La orden de Leonard no tardó en ser ejecutada.

Mientras tanto, el señor Harkness, casi loco de desesperaci5n, le decía a su hija y a Jorge:

—¡Me han robado! ¡Me han robado el dinero de la iglesia!

—No se apure y no diga nada de lo que le ha sucedido—le dijo Jorge—. Yo veré qué es lo que puedo hacer. Tenga confianza en mí y

le prometo que el dinero no tardará en estar en su poder.

En medio del misterio que rodeaba al robo, Jorge había vislumbrado un rayo de luz y no le cabía duda alguna que el ladrón no podía ser otro que Ricardo.



IV

Poco después Jorge hablaba con su "manager" y le decía:

—Esta noche va a haber una sorpresa en el combate... Voy a luchar yo contra Madden... Averigua quién maneja las apuestas y telegrafía al Comisario Kelly para que esté aquí a la hora de la lucha.

—¡Magnífico! — exclamó el "manager". — Así quedaremos bien con Kelly y tú tendrás una buena ocasión para desquitarte del knock-out de Madden!

—No se trata ahora de desquites. Si voy al combate es porque yo considero mi deber.

Se dirigieron los dos amigos al único gimnasio que había en la población, seguros de encontrar a Ricardo, y así, fué, en efecto.

Se acercó a él Jorge y le dijo:

—Usted no luchará esta noche con Madden, joven.

—¿Por qué dice usted eso?—preguntó el otro sorprendido.

—Porque soy yo quien va a luchar con él.

—¡Por lo que veo, usted quiere burlarse de mí y eso no se lo permito a nadie!—le contestó Ricardo amenazándole, pero O'Neil lo detuvo, diciéndole:

—De los ladrones no se burla nadie... se les castiga.

Comprendió Ricardo que aquel hombre sabía su delito y dulcificando su tono le volvió a decir:

—¿Por qué dice usted eso?

Jorge, le miró compasivamente y repuso:

—¿Pero usted no ha visto, infeliz, que Leonard, más listo que usted, lo ha convertido en instrumento de su ambición, haciéndole creer que apuesta por usted?

—Pero yo puedo vencer a Madden y ganar mi apuesta.

—No se haga usted ilusiones, joven... Oígame, Madden me venció a mí... ¿Si yo le venzo a usted le convenceré de que está equivocado?

—¡De acuerdo! Pero le advierto que va usted a llevarse la paliza más grande de su vida.

—Si es verdad lo que usted dice, yo renunciaré a luchar con Madden esta noche... En caso contrario, me las entenderé con él.

Empezaron a luchar y mientras tanto, uno de los cómplices de Leonard llamó a otro de sus hombres y le dijo:

—¡Corre a avisar a Leonard de lo que aquí sucede!

Salió éste y cuando encontró a su jefe le dio cuenta de la conversación que había oído, diciéndole:

—¡O'Neil dice que va a luchar él con Madden esta noche!

—¡Eso es imposible!—exclamó Leonard—. ¡Yo he apostado, bajo cuerda, todo el dinero por Madden!... Si ese hombre hace lo que dice, estoy arruinado. ¡Hay que impedir que se presente en el "ring"! ¡Es preciso que os apoderéis de ese hombre y lo tengáis oculto, hasta que se celebre el combate!

La orden de Leonard no tardó en ser ejecutada y momentos antes de la hora señalada para dar comienzo el combate se encontraba éste atado en una casa que distaba algunas millas de la población forcejeando con su carcelero.

No era solamente Jorge el que se hallaba encerrado, sino que también lo estaba Ricardo, que protestaba diciéndole a Leonard:

—¿Por qué me tienen aquí encerrado contra mi voluntad?

—Porque no escuchas razones... Si quieres luchar con Madden, ahora mismo te pongo en libertad. Ten en cuenta que todo el mundo espera tu debut.

—Lo que es usted es un miserable y me las pagará en cuanto me vea libre.

Jorge aprovechó un momento que quedó a solas para librarse de sus ligaduras, y sin ser visto por los hombres que lo custodiaban huyó a todo correr para llegar al "ring" a la hora señalada.

Cuando entró en él, se encontró a Ricardo y le ordenó que fuese a su casa para tranquilizar a su padre, diciéndole:

—Dígale que tenga confianza en mí y que dentro de unas horas estará el dinero en su poder.

Mientras tanto, en casa del señor Harkness se había presentado la comisión de reformas de la iglesia, quienes instados por Leonard fueron a reclamar el préstamo recibido, diciéndole:

—Hemos venido, señor Harkness, para que nos entregue usted los cinco mil dólares y empezar mañana las obras.

El pobre hombre, ante aquella terrible situación, no tuvo ánimos más que para decir:

—¡El dinero ha desaparecido!

—¿Que ha desaparecido?—exclamaron todos—. Usted comprenderá que nosotros no podemos resignarnos a perderlo. Usted es responsable y nos lo entregará... para ahorrarse disgustos.

—¡Pero caballero, si yo soy ajeno en absoluto a su pérdida! ¡El dinero me ha sido robado de mi caja de caudales!—respondió el

pobre hombre agobiado por el peso de la desgracia.

Entonces fué cuando Eva, recordando el ofrecimiento de Leonard, salió en su busca para que le prestase el dinero que le hacía falta para salvar a su padre de la vergüenza que le amenazaba, sino entregaba inmediatamente los cinco mil dólares.

V

Habiad ado ya la hora de empezar el combate, cuando, ante el asombro de Leonard, se presentó Jorge diciendo:

—“Cyclone Quid” está herido y no puede luchar. Yo he venido para sustituirlo.

—¡No puede usted hacerlo!—protestó Leonard, que veía su dinero perdido—. ¡Ha de ser él o ninguno!

Madden, que reconoció a su adversario de otros tiempos, se levantó de su asiento e intervino en la conversación diciendo:

—O'Neil y yo tenemos cuentas viejas que arreglar. Déjelo que se prepare y luche conmigo... El público saldrá ganando.

Sonó minutos después, la señal anunciando el principio del combate, que prometía ser verdaderamente emocionante. Cada uno de los combatientes atacaba a su contrario, como si viese en él a un enemigo de toda la vida. Iban

ya por el segundo “round” y ninguno de los dos daban señales de cansancio. El público a grandes boces animaba a uno y a otro y aplaudía sus actuaciones con verdadero entusiasmo.

El único que en aquellos instantes sufría momentos de verdadera angustia era Leonard, que adivinaba la victoria de O'Neil y, por lo que pudiera suceder retiró todas sus apuestas con la intención de escaparse con el dinero que le había entregado Ricardo.

* * *

Cuando Eva llegó a la puerta del Coliseum se encontró a su hermano que salía y le preguntó:

—¿No has visto a Jorge?

—Sí, está luchando ahora—repuso éste.

—¡Jorge en el “ring”!—exclamó la joven—. Pero si él me había prometido no pisarlo más!.. ¡Oh, no le perdonaré nunca, nunca!

—No le censures, Eva—le dijo su hermano—. Está luchando por mí, por ti, por todos nosotros... Está luchando para devolver el dinero que yo robé a papá, inducido por Leonard.

—Entonces vamos adentro, quiero animarlo yo misma—exclamó la muchacha.

Iban por el sexto “round” y la victoria no se decidía aún por ninguno de los dos combatientes... Luchaba Madden por su honor profesional; Jorge por el honor de una familia, que pronto sería la suya.

En un descuido de Jorge, Madden consiguió colocar un directo a su contrario, que rodó por el suelo sin sentido.



Empezaron a luchar como verdaderos enemigos.

Al ver Eva caer a O'Neil se acercó a él y le gritó:

—¡Arriba Jorge! ¡Tiene usted que vencer!

La voz de la mujer amadah izo que O'Neil recuperara las fuerzas perdidas y, como una tromba humana, se levantó de pronto, arro-

llando por completo a su enemigo, que de un formidable puñetazo dejó "knock-out".

Leonard, cuando vió en el suelo a su boxeador pretendió huir, pero Kelly, que desde hacía unos días venía siguiéndole los pasos, lo detuvo, diciéndole:

—Lo siento mucho, señor Leonard, pero tengo orden de detenerle.

Sea cercó entonces Ricardo y antes que Kelly se levantara a su detenido, le dijo:

—¿Qué hay acercad e esos cinco mil dólares que usted debía apostar por O'Neil y que se guardó bonitamente en el bolsillo?

Al verse perdido, no ofreció Leonard la menor resistencia en entregar el dinero, y una vez recuperado éste volvieron los dos hermanos a su casa, acompañados de Jorge y su "manager".

El señor Harkness, al ver otra vez en su poder el dinero que le habían robado, sin saber quién, no podía expresar su agradecimiento de la emoción que lo embargaba, y mientras que él hablaba con su hijo y con Arturo, Jorge le decía a Eva, señalándole una herida recibida en el combate:

—Eva, este pequeño rasguño me ha enseñado a guiar mis pasos por el buen camino... y ahora sólo me queda pedirle que me perdone por haber faltado a mi promesa.

La muchacha descansó, sobre el pecho del amado, su linda cabecito y le contestó:

—¡Jorge, cuánto tengo que agradecerle!... Si con cariño se puede pagar todo lo que ha hecho usted por nosotros, el mío le pertenece mientras viva.

Y con un beso apasionado, el el que puso toda su alma, el famoso pugilista Jorge O'Neil se despidió para siempre del "ring" para complacer a la mujer adorada, que desde entonces sería su mayor triunfo.

FIN

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS,
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

por

DIEGO DE MARCILLA



PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA